

Revista Prometeus

Número 26, “¿Se pasó de moda la posmodernidad?”

“La outimidad del mundo digital: *In and out* del sujeto posmoderno”

Ps. Roberto Balaguer Prestes

Para un adulto moderno resulta impensable colgar en la Red, ya sea en un fotolog o en una página de redes sociales como Facebook o Myspace, imágenes que pertenecen al ámbito de la intimidad. Para un adulto moderno resulta extraño, incómodo e inquietante compartir el registro de escenas de su vida cotidiana, con desconocidos. Para su forma de concebir el mundo, y la intimidad, las fotos no debieran salir del ámbito privado: son parte de él y hasta podríamos considerarlas pilares del mismo. Hacer públicas las fotos conlleva cierta trasgresión al espíritu, digamos clásico, de la fotografía y la intimidad.

Sin embargo, la concepción juvenil pareciera ser muy otra. A razón de tres mil por minuto, las fotos se cuelgan en sitios como www.Flickr.com generando en el ámbito del ciberespacio no sólo un territorio vastísimo de imágenes, sino a la vez, trastocando conceptos arraigados de la intimidad. Podríamos señalar, a modo de hipótesis, que a partir de este tipo de externalizaciones, el territorio y la naturaleza de la intimidad ha variado. Para estas generaciones la intimidad en su concepción moderna se ha reducido, y su alcance resulta cada vez menor o al menos diferente.

El concepto base de las redes sociales: “share experiences” o compartir experiencias o intimidades, no es sólo un concepto representante y estructurante de la denominada Web 2.0, sino mucho más que eso; es un asunto mucho más potente aún. Para un joven actual es lo más normal del mundo tener su fotolog en la Red.

Bauman (2006) nos recuerda que el 61 % de los adolescentes de entre 13 y 17 años del Reino Unido tienen el suyo. Esto sucede así en buena parte del globo. El mismo autor señala aludiendo a un reciente estudio que:

“En el corazón de las redes sociales está el intercambio de información personal. Los usuarios están felices de poder “revelar detalles íntimos de sus vidas íntimas”, de “dejar asentada información verdadera” e intercambiar fotografías”.

Ahora, quizás no se trate sólo de revelar intimidades como plantea Bauman, sino de asegurarse a través de las fotos, cierta *existencia* en el mundo de la conexión. Las fotos, las “intimidades reveladas” son un elemento proveedor de existencia en el mundo de los bytes, un medio para ello, aunque no el único. Las fotos, documentos de esas experiencias que antes pertenecían al ámbito de lo privado y se ligaban al pasado, hoy abandonan ese territorio, salen de la caja y al tiempo que lo hacen, trastocan, casi sin quererlo, el propio concepto de intimidad, que se desarma.

Desde esta óptica, los límites de la intimidad parecieran estar cambiando en la actualidad, estarse disolviendo, ir rápidamente mutando hacia una nueva situación. Tanto es así que, en lugar de hablar de intimidad podríamos hablar -jugando con las palabras- de una **outimidad**, una suerte de externalización de la intimidad moderna en busca de perpetuar o reasegurar existencia.

La intimidad se hallaba ligada a una tridimensionalidad (vinculada a lo corporal) la cual en su interior, atesoraba las mayores riquezas: la memoria, el conocimiento, la identidad, lo privado, los registros de ello. El pequeño candado que traía el diario íntimo pretendía demarcar y mantener separados el adentro del afuera, al yo y sus experiencias, del otro externo, exterior a mí, generando esa tridimensionalidad dentro de la cual se albergaba la intimidad, el yo y las experiencias individuales y sus correspondientes registros.

En el momento en que las fotos son subidas al ciberespacio, se genera un desencuentro entre modelos de intimidad. Se abandona la tridimensionalidad y la privacidad puede ser accedida, cual dibujo de Escher, sin adentros ni afueras tan claramente diferenciables. Lo que cambia es el valor de la intimidad.

“Me gusta subir mis fotos para que las puedan ver mis amigos y, también, otras personas que no conozco. Por ejemplo, me gusta actualizar mis fotos de las vacaciones para compartirlas con los amigos que no pudieron viajar y también, por qué no, para conocer chicas...”, dijo un joven asesor de una consultora previsional y estudiante universitario entrevistado por un diario argentino.

Las fotos, en lugar de ser objetos a guardar, atesorar, mantener en el ámbito reducido, privado, íntimo, DENTRO, pasan a ser elementos de intercambio, de muestra y captación de atención FUERA. La cámara del móvil es la que otorga existencia a la persona en el momento que capta la figura y la re-envía a través de la conexión.

El posible relato posterior, el tiempo de lo narrado, deja paso a la imagen, a la foto como testimonio que da mayores garantías de la experiencia, quedando el relato como un mecanismo demasiado extenso, arcaico y menos fiel a la realidad que el testimonio gráfico. La palabra, la narración, aparecen como recortes de la experiencia poco felices para dar cuenta de la misma. La foto “toca” más que el texto.

El registro fotográfico deja de ser material para atestiguar un PASADO, para pasar a reflejar un PRESENTE. El tiempo de la foto abandona la intimidad, pero también el pasado y se ubica en el presente, quizás ese “presente eterno” al decir de Maffesoli (2001).

Hoy nos enfrentamos cotidianamente a un *tsunami* posmoderno, plagado de información e imágenes. Congelar el tiempo, enfriarlo, volver sólido lo líquido es una forma de detener el paso del tiempo. Congelar imágenes, introducir pausas, cambios, como en el zapping o la fotografía, resultan formas eficaces de detener los flujos.

Dice Maffesoli (2001: 50) “Mediante un saber incorporado, animal, no consciente, sabemos que lo propio de cada hombre, y de cada cosa, es devenir y perecer, lo que explicaría el deseo de **practicar el suspenso, de detener el tiempo que corre**, para gozar de la mejor manera y al máximo aquí mismo” (negritas mías).

Okabe (2004) señala en su investigación sobre usos de los móviles, que la mayor parte de las fotos tomadas con el móvil no son enviadas o mostradas a alguien, sino que son para una suerte de archivo personal.

De eso entonces se tratan estas fotos: de verlas en la pausa, en el congelamiento del vértigo de experiencias y estímulos de la cultura posmoderna. El hombre de esta modernidad líquida (Bauman, 2002) cambia de canal, va a otro vínculo, a otro flujo, se desplaza permanentemente. Se desplaza antes de ser desplazado y arrastrado por los flujos. Se transforma él mismo en flujo y en una fotografía o gracias a ella, se desplaza por las redes, desmaterializándose para garantizar su existencia en un mundo que ha dejado de ser sólido para transformarse en un mundo líquido. Por tanto, las estrategias de supervivencia deben adecuarse a este nuevo mundo.

La hollywoodense producción “Click”, en la pantalla grande, ha sabido leer ese afán posmoderno de introducir una pausa en los flujos, solidificar, al menos por un instante, lo líquido. Los jóvenes intuitivamente hacen lo mismo.

Recurramos una vez más Bauman quien dice lo siguiente:

“Los adolescentes equipados con confesionarios electrónicos portátiles no son otra cosa que aprendices entrenados en las artes de una sociedad confesional –una sociedad que se destaca por haber borrado los límites que otrora separaban lo privado de lo público, por haber convertido en virtudes y obligaciones públicas el hecho de exponer abiertamente lo privado, y por haber eliminado de la comunicación pública todo lo que se niegue a ser reducido a una confidencia privada, y a aquellos que se rehúsan a confesarse-.”

Si el propio psicoanálisis había sido ubicado en esta línea confesionaria, ¿qué decir de estos espacios virtuales que potencian la salida de lo privado al ámbito de lo público?

Los mecanismos de control disciplinarios no podrían haber encontrado mejor aliado que esta *outimidad* donde el sujeto, cual una media, se vuelca hacia el exterior y expone todo su ser en la Red. Para un empleador o un reclutante académico, echarle un vistazo a la página de www.facebook.com de un joven aspirante, puede ser mas eficiente que una llamada telefónica a los antiguos empleadores. Una búsqueda en Google puede dar cuenta de una personalidad que se ha externalizado en un sinfín de elementos y lugares.

Como señalan Bera, y Méchoula:

“Internet permite la creación de una base de datos en la que están repertoriados, clasificados y fichados los individuos, como nunca antes”

Eugene Enriquez citado por Bauman (2006) dice lo siguiente:

“Siempre y cuando uno no olvide que lo que antes era invisible-a cuota de intimidad de cada uno, la vida interior de todos- ahora es expuesto en la escena pública (sobre todo en la televisión, pero también en la escena literaria), uno comprenderá que quienes procuran la invisibilidad están condenados al rechazo, a la exclusión condenados a ser sospechosos de algún crimen.”

El reemplazo de la intimidad por la outimidad se acompaña del pasaje de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. La confesión como sistema de control termina generando una suerte de “trazabilidad humana” a través de las redes sociales.

Lo que antes era propiamente del **in** ahora es parte del **out**, y ya no es necesaria la disciplina para marcar los cuerpos, sino que los propios cuerpos sufren de una salida que genera un encierro abierto. Quizás represente el costo de generar existencia en este nuevo mundo.

Los viejos diarios íntimos se guardaban con candado. Las fotos polvorientas y amarillas estaban en cajas que eran sacadas para ser compartidas sólo con algunos. La invisibilidad dentro de la tridimensionalidad moderna estaba garantizada o al menos era buscada. Antes en el tiempo, la fotografía estaba ligada a la memoria, al no desvanecer, al no perder y a la documentación de los movimientos significativos de la vida. Todo eso, parte de la *intimidad*, debía permanecer dentro, seguro y a resguardo de la mirada de los otros. Ahora, la foto se liga al presente, a la existencia, a la detención del tiempo y de los flujos. Debe salir al exterior para formar parte de esa *outimidad* que garantice, aunque más no sea precariamente, ya no memoria, sino un momento más de existencia.

Bibliografía

1. Balaguer, R. (2005) vidasconnect@das.com. *La Pantalla, lugar de encuentro, juego y educación en el siglo XXI*, Montevideo: Ed. Frontera
2. Bauman, Z. (2006) *Vida de consumo*, México: Fondo de Cultura Económica,
3. Bera, M.; Méchoula, E. (1999) *La Machine Internet*, Paris: Odile Jacob
4. Maffesoli, M. (2000) *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Barcelona: Ed. Paidós, 2001
5. Okabe, D. (2004), "Emergent Social Practices, Situations and Relations through Everyday Camera Phone Use" *Paper presented at Mobile Communication and Social Change, the 2004 International Conference on Mobile Communication in Seoul, Korea, October 18-19, 2004*